

El país

OPINIONES MÚLTIPLES

La reforma política: una asignatura pendiente

El debate sobre la participación democrática, la transparencia y el freno a los abusos del poder. La discusión sobre la Argentina que viene.

Por Rodolfo González Arzac
05.07.2009

En la calle, la reforma política sonó fuerte. Y se apagó rápido. La explosión tuvo un grito: "Que se vayan todos". Pero acuñó debates menos intempestivos, más hondos y urgentes, como la necesidad de promover la participación, aumentar los grados de horizontalidad en el debate, la transparencia, la tolerancia, la igualdad y la solidaridad. Fue una manera de buscar una fórmula que haga de este país uno menos imperfecto, menos trivial, más parecido al de los sueños. El ex presidente Eduardo Duhalde prometió, antes de la masacre de Avellaneda, darle un lugar al reclamo. El ex presidente Néstor Kirchner recogió el guante en la siguiente campaña electoral. La Iglesia, antes y ahora, juró que el tema era medular entre sus preocupaciones. Pero nada. Igual, como suele ocurrir con los problemas centrales, todo sigue ahí: flotando. Hace poco, un juez de la Corte Suprema de Justicia, Eugenio Raúl Zaffaroni, pidió dejar de lado el presidencialismo. Hace menos, toda una sociedad vio cómo un supermillonario cruzó la barrera publicitaria imaginable, cómo las candidaturas testimoniales fueron naturalizadas, cómo ningún candidato se atrevió a hablar de cómo hay que esforzarse para terminar con un país repleto de pobres. Crítica de la Argentina les propuso a cuatro referentes de distintos ámbitos una "composición tema": Reforma política. Y esto fue lo que escribieron.

El cuerpo que puede

Luis Mattini (Escritor y ensayista. Ex secretario general del PRT-ERP)

El actual e inédito deterioro de la política es un fiel reflejo de la crisis de la civilización y expresa el agotamiento de la democracia representativa. Esto es así no sólo por la corrupción de los "políticos" sino porque en la sociedad moderna el principio de realidad ha sido suplantado por el principio de representación, a punto tal que las palabras se transforman en eufemismos: ya no es políticamente correcto decir "anciano" sino tercera edad; los tan castizos y precisos "sordo", "ciego" o "rengo" son reemplazados por el anglicismo "discapacitado", y así de seguido. En esta era del señoreo de la representación el parecer tiene supremacía sobre el ser.

No siempre fue así, no hace tanto tiempo en las relaciones sociales prevalecía poner el cuerpo en el tiempo y en el espacio, en el barrio, en el campo o en la ciudad y llamar a las cosas por su nombre. No había "asesores de imagen" y, para bien o para mal, se conquistaba el corazón de la gente con la presencia. Hoy lo que no aparece en TV no existe, por eso es más importante la imagen que el contenido del discurso.

Lejos de progresar, la democracia ha involucionado: de la asamblea del ágora pasó a la jerarquización monárquica, luego al "doctor", o sea, la calificación académica, y de ésta al "actor", a la pobreza de la televisión. Ello explica que ciudadanos, que pueden ser muy educados o un modelo de lógica en la vida cotidiana, se transforman en una masa de idiotas a la hora de votar y, a la vez, los electos en ineptos para gobernar.

Claro que esto es adoptado y fomentado por los poderosos intereses que se benefician y acentúan el sistema; o, si se quiere, que ésta es la expresión actual de la lucha de clases. Claro que un sistema parlamentario que acote el poder monárquico del presidente y elimine la arcaica institución del Senado podría ser mucho mejor.

Sin embargo, no encontraremos una salida de fondo a esta formidable trampa, si el pensamiento dedicado a este tema no abandona la conservadora idea estático-institucional de la democracia como un ideal de "progreso" racionalista, perfectible por medio de declamatorios adjetivos como "participativa", "popular", etcétera, para, en cambio, reencontrarse con el ágora, en tanto acción, en tanto contacto corporal, en tanto recuperación del principio de realidad, en tanto potencia civilizadora. Esto está ocurriendo, por debajo de la superficie visible, en barrios y provincias, porque, si bien conocemos hasta dónde nos ha llevado el sueño de la razón, no sabemos todo lo que el cuerpo puede.

Partidos políticos fuertes para profundizar la democracia

Juan Manuel Abal Medina (Doctor en Ciencia Política. Vicejefe de Gabinete de Ministros de la Nación)

Los partidos políticos son un elemento esencial para el buen funcionamiento del sistema democrático. Sólo donde existen partidos relativamente sólidos y programáticos los ciudadanos pueden, con su voto, definir tanto qué tipo de políticas públicas desean que implementen sus gobiernos como también premiar y castigar a sus gobernantes.

Son los partidos los instrumentos que permiten a nuestro sistema representativo actuar "democráticamente". Es decir, hacen que el voto y las preferencias ciudadanas no sólo elijan a alguien para gobernar, sino que les digan de qué manera debe hacerlo y "castigarlo" en el caso de que lo haga mal.

En los sistemas políticos sin partidos fuertes, los ciudadanos deben seleccionar, elección tras elección, entre distintas personas que gobiernan según su criterio personal, y que luego son reemplazadas por otras personas que gobiernan de igual manera, sin ninguna capacidad de prever qué políticas impulsarán y de controlarlos en consecuencia.

Los argentinos tuvimos durante parte importante de nuestra historia partidos políticos sólidos: la UCR y el PJ, entre otros, lo fueron en buena medida por muchos años. Sin embargo, la crisis que terminó de explotar en diciembre de 2001 desestructuró totalmente nuestro sistema partidario nacional.

Hoy tenemos algunos partidos distritales (provinciales) fuertes, que conviven con emprendimientos electorales individuales de diversa naturaleza. Una situación que permite, por ejemplo, que un candidato pase en pocas horas de proponer privatizar casi todo a estatizarlo todo, dejando a sus votantes en la más absoluta incertidumbre sobre lo que haría si llegase a gobernar.

Reconstruir partidos nacionales sólidos y programáticos es una tarea tan difícil como necesaria, que no se logra con propuestas simplistas y contradictorias como las repetidas últimamente por sectores de la oposición (voto electrónico, boleta única, etc.). Por el contrario, se trata de condensar un conjunto articulado de iniciativas que deberían contemplar una profunda reforma a nuestra ley de partidos, pensar el establecimiento de un sistema de elecciones internas abiertas y simultáneas, definir un proceso de reafiliación total, transparentar las campañas electorales, incrementar la formación y la capacitación política, entre otras.

No hay democracia en el mundo que funcione bien sin partidos, y nosotros no seremos la excepción.

Participación, ciudadanía

Eduardo Serantes (Presidente de la Comisión Nacional de Justicia y Paz de la Conferencia Episcopal Argentina)

El último domingo fue un día bueno. La ciudadanía demostró madurez cívica. Hubo gran cantidad de fiscales voluntarios. Pero los ciudadanos demandan mayor calidad institucional. Y esperamos, en las próximas elecciones, contar con una mayor fortaleza institucional en los partidos políticos. Para esto, entre las propuestas que tenemos para trabajar sobre reforma política en la Comisión de Justicia y Paz, uno de los temas es que haya internas en los partidos y más debate sobre sus propuestas y sobre su proyecto de gobierno. Creemos que se tienen que solidificar los partidos. Se requieren cambios también en el financiamiento de la política atendiendo a la transparencia, la austeridad y la paridad en las posibilidades de la expresión de los candidatos, lo cual significa, entre otras cosas, reglas de juego sobre

el origen e implementación de los fondos.

Para solidificar la democracia se necesita mayor participación ciudadana. La participación no se acaba con el voto. Insistimos con esto de pasar de habitantes a ciudadanos, a ciudadanos comprometidos. Esperamos llegar así al Bicentenario. Es muy importante la participación de las organizaciones civiles, cuyo conocimiento tiene que ser aportado a los gobiernos y utilizado para control de la democracia. Ellas pueden impulsar políticas públicas que fomenten la inclusión social y la erradicación de la pobreza.

Por otro lado, tenemos que tratar de que la juventud se entusiasme con participar en los partidos y en pensar en el bien común. Por eso otra de las iniciativas es generar normas que faciliten una mayor rotación en los cargos electivos. Si uno revisa la lista de quienes ocuparon cargos electivos desde el regreso de la democracia hay muchas personas que permanecieron por varios períodos. Es necesario salir del personalismo. Y pasar a temas institucionales.

Es bueno que haya dos o tres partidos solidificados y también una carrera política para los jóvenes. Hay que gestionar una carrera administrativa. Necesitamos ayudar a un mejor funcionamiento del sector público, un Estado que sea eficiente. Para eso hace falta un régimen transparente de ascensos y acceso a las funciones directivas de acuerdo al mérito. Por lo demás, las normas institucionales están dadas. Sólo hay que hacerlas funcionar.

El fin del presidencialismo

Roberto Gargarella (Doctor en Derecho, profesor de Derecho Constitucional (UBA-UTDT))

Ninguna reforma política tiene mucho sentido si se instala en el vacío, y si no se acompaña de reformas en otras áreas, capaces de brindarle apoyo (por ejemplo, reformas destinadas a asegurar una fuerte igualdad económica). Dicho esto, agregaría inmediatamente que sí, que hay muchas reformas importantes, capaces de tener algún impacto positivo en nuestra vida pública. En primer lugar, y a riesgo de ser reiterativo, insistiría en la urgencia de poner fin al presidencialismo. Decir esto no significa afirmar que el sistema parlamentario representa la panacea. De ningún modo, y eso, entre otras razones, porque una afirmación tal implicaría asumir lo que no asumo, esto es, que los sistemas políticos imaginables son sólo dos: presidencialismo y parlamentarismo. Lo que me resulta claro, en todo caso, es que los sistemas alternativos son muchos, y el presidencialismo está entre los peores: él favorece la concentración –y así el abuso– del poder, se correlaciona con la inestabilidad política y además es una de las alternativas menos atractivas desde el modo en que pienso la democracia. La democracia es un sistema inclusivo y participativo que se asienta en la discusión pública, y no en la voluntad discrecional de alguno. En relación con dicho modo de pensar la democracia, por lo demás, propondría la creación de múltiples instrumentos destinados a favorecer el diálogo entre representantes y representados, porque en la actualidad nos han dejado uno solo, especialmente tosco: el voto, que además sólo podemos ejercer de modo espaciado, y que no nos permite más que decir sí o no a una opción política u otra, pero que nos impide marcar diferencias, señalar matices, sugerir reformas o reproches de tal o cual tipo e intensidad. Es decir, institucionalmente, y como sociedad, nos han dejado mudos, y es imprescindible que el sistema institucional sirva para recuperar y hacer audible nuestra palabra política.

<http://criticadigital.com/index.php?secc=nota&nid=25966>